

SUSCRIPCIONES

	Ptas.
Valdepeñas, trimestre.	1,00
Provincias, semestre	2,50

ANUNCIOS: precios convencionales

20 ejemplares 75 cént.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 89.

No se devuelven originales.



JUVENTUD

Periódico literario y de intereses generales

Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

EL INCIENSO

No me refiero ¡cuidado con marearos, lectores queridos y discretos! al que se quema en los altares, sino al que se prodiga y quema en ese otro altar de la humana soberbia, de la vanidad endiosada que se llama el yo.

El primero se quema, doblando el sacerdote, reverente y humilde, su rodilla; se esparce por el templo, perfumándolo, forma espirales que traspasando sus bovedas, como el pensamiento humano, sube hasta el trono de Dios.

El segundo se quema y se prodiga doblando el espinazo, haciendo el hombre contorsiones y muecas ridículas, denigrantes, forma alrededor nuestro una atmósfera densa, pesada, la de la lisonja, que marea y trastorna las cabezas mejor cimentadas y nos hace creer que todas esas alabanzas nos las merecemos, que se nos debe más, mucho más, que nosotros somos unos superhombres, y que, fuera de nosotros, todos los que nos rodean, son unos pobres mentecatos, cuando no unos infelices pelafustanes, dignos de conmiseración y lástima.

El primero es noble y hermoso, porque significa el homenaje de respeto y el culto merecido que la criatura debe a su creador.

El segundo es el culto que el hombre se presta a sí mismo, siempre ridículo y grotesco, y denigrante cuando no lo merece.

El primero ennoblece al hombre y le acerca a la divinidad; el segundo le empequeñece y deprime y le acerca a la bestia.

* *

Yo no sé, ni me interesa ahora saberlo, cómo define el Diccionario de nuestra lengua la palabra sustantiva incienso. Lo que yo sé, sin ser académico, es que definir una cosa es muy difícil; lo que yo sé es que, definir bien, es tener perfecto dominio y acabado conocimiento de la materia o de la cosa misma. Por eso se dice, claro está que con sobrada razón, que plantear bien una cuestión es resolverla, y que definir bien una cosa es conocer la cosa misma.

Nada, con munmente hablando—es la regla general—gusta al hombre tanto como el elogio y la alabanza. La carne es débil, flaca, y el hombre gusta de confortarse con el aroma del incienso, siempre sugestivo, desvanecedor, mareante.

Por eso la prensa, cuando lo prodiga sin ton ni son, sin merecerlo, no sabe el mal que causa, el daño que hace. La lisonja, cuando se pro-

diga sin merecerla, enloquece y pierde al hombre, lo hace desgraciado. ¡Cuántos, cuántos hombres lisonjeados indebidamente han tenido por fin un manicomio, Dios mío!

Porque sabedlo, lectores míos. Nada más difícil que un hombre bien equilibrado! Nada más difícil que una cabeza que no se maree con el incienso de la lisonja!

El elogio justo y merecido está bien; sabe a gloria y es miel con hojuelas; cuando no es así... hiede.

Al que trabaja y se sacrifica con abnegación y desinterés por el bien de los demás, la prensa cumple con el más hermoso y elemental de sus deberes, colmándole de ologios y poniendo su nombre, para estímulo de los demás, sobre los cuernos de la luna; pero al que nada hace, ni nada hará, porque ni sabe, ni puede, ni quiere, su mejor elogio es dejarlo en paz y no remontarlo con alas de cera, como a Ycaso, a las alturas, para que luego el sol de la verdad se las derrita y caiga, por la ley física de la gravedad, a su centro común: la pobre tierra.

El incienso como el vino se sube a la cabeza; la marea; produce grandes trastornos y desequilibrios en el organismo y hace que el hombre, desvanecido por el humo de la lisonja y adulación, engreído de que es superior a los demás, dé grandes traspies, caídas soberanas.

Hay quien no se marea—son los menos—aunque suba muy alto; pero hay quien—son los más—apenas hace un pino, ya no se le puede resistir. Es hombre perdido.

Como el abismo atrae, las grandes alturas producen vértigos; las alabanzas inmerecidas, el incienso de la adulación y la lisonja, también inmerecidas, lleva al abismo, y algunas veces, muchas, a nuestra perdición, porque su efecto es como la picadura de la víbora; envenena la sangre y mata.

Resumiendo este trabajo, podríamos establecer, como en matemáticas, la siguiente proporción: La lisonja, cuando no se merece, es a la cabeza lo que la comida excesiva al estómago: Produce una indigestión. La del hartazgo. Y ya se sabe, por el aforismo de Hipócrates, que, si toda indigestión es mala, la de pan es pésima *omnis saturatio mala est; panis, autem, penitus*.

En España, donde el espíritu de adulación y servilismo sobrepuja al espíritu de justicia; aquí, donde apenas quiere salir el sol por el limitado horizonte de nuestros patios, se forma al rededor nuestro un coro de turiferarios, se adula y lisonjea a todo el que se quiere seducir y perder. Y el que adula y lisonjea, ni se estima, ni estima a nada.

Al contrario; el adulator demuestra siempre una cosa: que teme. Y todo pueblo, como todo individuo, que vive y se nutre de la adulación y la lisonja, cae en la esclavitud y en la muerte.

Lectores queridos. Dios nos libre de caer en tan feo vicio, en tan repulsiva y censurable falta, en tan mala, abominable tentación. Ya lo dijo el sabio: «todo es en este mundo vanidad de vanidades. *Vanitas, vanitatis, et omnia vanitas*. Y eso es el incienso. Vanidad, humo, nada.

SANTIAGO S. CARRASCO.

La Maceta del Hogar

A mis queridos Padres y Hermano
en el día de mi onomástico

¡Oh día dichoso y feliz!

¡Oh dos de Mayo florido,
cuando las flores ya nacen
y cantan los pajarillos...!

¡Oh! Dios Todopoderoso,
que a mí concederme quiso
que al venir al mundo hallara
un segundo paraíso,
llena la tierra y mi hogar
de flores y de cariño.

Al venir en este día
entre clamorosos trinos,
una maceta encontré
que exhalaba aromas finos
y que Dios había creado,
con esfuerzo extradivino.

Solo contiene tres plantas
que forman ideal tríplico
y son Azucena y Nardo,
coronados por un Lirio.

Pero es tanta su pureza
son sus colores tan vivos,
que yo me incendio en su amor
y por contemplarlos vivo.

Por eso yo al despertar
en este día tan querido
y al sentir el dulce roce
del Nardo, Azucena y Lirio,
que son mis padres y hermano,
siento un amor infinito
que me llena el corazón
y de gozo salta henchido.

* *

Estas hermosas escenas
un niño las contemplaba
y unos momentos reía
y otros momentos lloraba...
¡Reía, porque allí había padres
y por no tener, penaba.!

ROSAURA PEREDA DE ALBORNÓZ

¡CARIDAD!

¡Caridad! ¡Hermosa y santa palabra!

¡Llor a las personas que la practican como se debe!

¡Enhoramala las que alardean de ella, sin tener un ardite!

Como sucede en todas cosas en la malhadada España, tiene ésta en su seno, seres que cubriéndose bajo el odioso manto de la hipocresía, condición de la más abominable de todas, se hacen adornar de unos sentimientos tiernísimos y caritativos; ponen de manifiesto a la faz del mundo entero tal ó cual insignificante alivio que a unos pobres necesitados dieran, no de su mutuo propio, sino con un fin ignorado por los más, pero sabido ¡por alguien! ellos mismos se hacen ensalzar esa cualidad, bien por la prensa, ó en reuniones, ó ante público, etc., etc.; pues bien, estos seres que hacen mofa de tan hermosa palabra, merecen, no más, el desprecio de cuantos vivimos en esta tierra de ingratitudes.

Por el contrario, los individuos que obran como su conciencia les dicta, que tienen en alto grado tan bello dote que le dió Natura, que hacen verdaderas obras de caridad, ocultando sus manos bienhechoras, esos merecen el respeto y consideración de todos cuantos vivimos y amamos, máxime, cuando por desgracia son escasos.

Los malos abundan, y los buenos pueden contarse.

Pero, llevo ya escritas algunas líneas y se me olvidaba el móvil principal que me ha inducido a escribir esta deshilvanada croniqueja.

No hace ni cinco días que un pobre y honradísimo padre de familia que trabaja rudamente para ganar el sustento de su familia, desde que el astro-rey deja tender su manto por toda la tierra, hasta que se pone, cayó enfermo de gravedad.

En tan crítica situación y sin recursos algunos, su amante esposa, acudió en demanda de un médico de los que llaman de caridad. ¡Qué sarcasmo!

¡Dos días llevaba el infeliz postrado en el lecho del dolor y aún no se había dignado visitarle el médico!

Aquel hombre se moría... su esposa, lloraba; sus hijos abrazaban el cuerpo de su padre y dejaban correr las lágrimas por sus mejillas... mientras tanto, el doctor no parecía, el enfermo acentuaba sus lamentos, la mujer decidióse por fin, fué de nuevo en su busca y encontrándole en un establecimiento benéfico le increpó duramente, llamándole hombre sin conciencia, monstruo humano.

A estas y otras palabras parecidas encogióse de hombros el aludido, solamente le hizo una mueca despreciativa y le manifestó que cuando tuviera tiempo iría.